



ENVEJECER DESDE LA LITERATURA

TERESA PÀMIES*

Escritora. Barcelona (España)

La literatura ha aportado, y sigue aportando, estimados datos a las Ciencias Médicas por ser reflejo de la vida humana, en la salud y en la enfermedad; en la infancia, la juventud, la madurez y la ancianidad. Los escritores también enferman o conviven con la enfermedad de otros, experiencias que un día pueden ser tema literario tamizado por la imaginación del escritor/a, cronista de su tiempo y circunstancia, no sólo para dar fe de lo que acontece sino también de cómo lo afronta el ser humano en cada etapa de su vida.

Sí; los escritores también enferman y envejecen. Conocen la llamada «angustia del papel en blanco» que, en algunos casos, puede influir en su salud, pero esto no requiere tratamiento médico y debe afrontarlo solo, cuando no encuentra las palabras para llenar el espacio vacío, transmitir una idea, un sentimiento, una emoción efímera o duradera... No

son enfermedades sino frustraciones que no conocerá el albañil frente a la pared que le sale torcida, porque sabe cómo enmendar el gazapo y confía en su pericia para lograrlo. Cada profesión se ejerce con acierto y con errores, pero las consecuencias no son las mismas para el escritor que para el albañil. Por esto me parece pertinente la comparación.

El dolor físico derivado de una enfermedad puede ser explicado por la Medicina, aunque no siempre acierte en el diagnóstico y tratamiento, pero la Literatura no se propone curar enfermedades, sino indagar en el ánimo o el alma del ser humano que las padece o cree padecerlas, que también es una manera de estar enfermo. Si el paciente es, además, escritor o escritora, puede espantarse ante un trastorno de la salud y tratará de explicárselo, pensando en escribirlo para el lector que el cronista tiene siempre en cuenta a la hora de escribir.

Retener los avisos para poder describirlos: es lo que hizo Josep Pla cuando una madrugada le despertó el primer golpe de pecho de un imprevisible infarto del miocardio, en su cama de solterón en la casa solariega donde vivía solo cuando no viajaba o no pernoctaba en el cuarto de invitados de sus amigos y admiradores, que eran muchos y ricos, rumbosos anfitriones con mansiones rodeadas de jardines y numerosos criados para atender al ilustre huésped.

*Escritora, activista política, persona siempre comprometida con la sociedad en la que le ha tocado vivir. Desde 1939 a 1971 vivió exiliada en América Latina, Checoslovaquia y Francia. Su extensa obra literaria se extiende por los más diversos géneros, como novela, dietarios, reportajes, y colaboraciones en prensa. Ostenta, entre otros, el Premi d'Honor de les Lletres Catalanes. Entre su vasta obra cabe destacar *Testament a Praga* (1971), *Quan érem capitans* (1974), *Records de guerra i d'exili* (1976) o *Dona de pres* (1975).



ENVEJECIMIENTO

Pero aquel día, Josep Pla se encontró solo ante el infarto. Los primeros momentos consecutivos al ataque fueron descritos minuciosamente a los médicos que le atendieron en la clínica de Gerona donde fue trasladado en la ambulancia que llamaron el matrimonio de payeses que guardaban la finca y habitaban en la planta baja de la casona. Los especialistas y el personal sanitario del centro médico valoraron la información que les diera el enfermo. No es habitual que un paciente pueda narrar lo que le ocurre con palabras propias no plagadas de manuales de Medicina pero más inteligibles. Su oficio de escritor y su capacidad de observación le permitieron a Josep Pla colaborar con sus médicos y ellos le aconsejaron escribirlo y publicarlo, como se hizo con el relato sobre un dolor agudo de pierna que leemos en la página 19 de su libro *«Notes del capvesprol»* (Notas del atardecer) en castellano, aunque el vocablo *«capvesprol»*, en el catalán del Empordà, no es un atardecer cualquiera sino específico de aquel litoral, definido como «viento marino y leve que sopla al anochecer». El título del libro es una metáfora del ocaso del viejo escritor. Traduzco al castellano el fragmento del texto original escrito en catalán:

«Estas últimas semanas me ha dolido mucho la pierna derecha, entre la articulación, el muslo y la rodilla. Es un dolor que, a ratos, me produce efectos muy desagradables, otras veces no tanto, pero siempre molestísimo. No he querido hablar con ningún médico, ni he tomado pastillas ni medicamento alguno. Sigo creyendo que, cuando se tiene una enfermedad, el elemento más importante es el enfermo siempre que éste se encuentre en posible observación».

«El dolor que he tenido ha afectado, sobre todo, la tendencia de mi cuerpo a la verticalidad, o sea: a mantenerme en pie. Siempre que lo he intentado, el dolor ha aumentado en términos más vivos; cuando, por el contrario, he doblado el cuerpo como si me dispusiera a andar a gatas con las manos tocando el suelo, el dolor ha disminuido. El bastón que he utilizado alguna vez me ha servido de poco, en cambio, apoyarme en los muebles de la casa, agarrado al canto de una silla, una mesa o una puerta, ha facilitado mis movimientos».

Son experiencias banales pero importantes cuando quien las vive sabe contarlas con la amenidad y la naturalidad de un escritor como Josep Pla, que sólo pedía: «que me dejen libre para escribir sobre lo que veo. Las personas que escriben de imaginación, sin saber nada de nada, producen papeles y libros retóricos; con frases engorrosas y enroscadas; utilizan gran cantidad de palabras para no decir nada. Yo soy partidario de la literatura de observación de la vida humana, de lo que tenemos delante. En definitiva, la única literatura que ha durado es ésta». (*«Notes del capvesprol»*, pág. 50.)

Consecuente con sus teorías, Josep Pla se observó a sí mismo para explicárselo y explicarlo, como hemos leído refiriéndose a la aparición del dolor de su pierna derecha, convertido en tema literario -«literatura de la 'observación de la vida humana'»-, pero donde resultó excepcionalmente lúcido y literariamente prodigioso fue en el seguimiento de los diversos episodios de su propio envejecimiento, reflexiones que han sido estudiadas, contrastadas y discutidas en los últimos años por profesionales de la Geriatría y por los jubilados más activos de numerosos centros para la tercera edad, reuniones,



mesas redondas y coloquios a los que, alguna vez, he asistido en mi calidad de escritora interesada en el tema. Me consta que la «literatura de la observación de la vida humana» ayuda enormemente a comprender, entre otros fenómenos, el de la vejez.

«Ahora que voy llegando a los ochenta años a una velocidad increíble -escribía Pla en su Diario-, que todavía tengo la absurda ilusión de escribir este libro, a veces pienso en el pasado y, al escribir las cosas, debo reconocer que, dentro de mi total limitación, he sido muy afortunado y que he ido sorteando los escollos de la existencia, a veces conscientemente, a menudo con una perfecta inconsciencia. Si me quejara, sería un desagradecido, un indecente desagradecido. He tenido la fortuna de ser una persona limitada, concreta y, hasta donde me ha sido posible, libre».

Recuerdo que la lectura de este párrafo en catalán y en una conferencia-coloquio organizada por la Associació Aula d'Extensió Universitària para jubilados deseosos de ampliar sus conocimientos culturales, suscitó un animado debate centrado en la dificultad, por no decir la imposibilidad, de ser libre en la ancianidad que depende de tantas cosas en nuestra sociedad. Fue una discusión desordenada en torno a lo que suele llamarse filosofía de la vida, no sólo en la vejez, sino en cada etapa. Los ejemplos aducidos no siempre encajaban con las tesis del escritor. La mayoría de las opiniones se mostraban escépticas sobre el fondo de la cuestión; otros se expresaban en la línea de lo escrito por el doctor Luis Rojas Marcos en su folleto «Aprender a vivir» (1999), muy leído por los jubilados activos y motivados. Uno de los participantes en el coloquio citó un párrafo ante un público

que empezaba a mostrar cierto cansancio o aburrimiento. El respetable se animó, visiblemente, al oír las primeras ideas del prestigioso especialista:

«El envejecimiento del cuerpo y de los sentidos disminuye poco a poco nuestra libertad de acción, mientras que los órganos internos nos llaman la atención con sus averías. Por otro lado, las condiciones económicas, que a menudo empeoran después de la jubilación, limitan la capacidad de tomar decisiones libremente. No obstante, si nos lo proponemos, casi siempre es posible adoptar un estilo de vida razonablemente independiente, estimulante y activo».

Fue posible en el caso de Josep Pla, pero el suyo no fue un estilo de vida asequible a la mayoría. Otro escritor catalán, Josep Maria Espinás, puso el dedo en la llaga comentando, críticamente, la publicidad destinada a vender productos y recetas para detener el envejecimiento:

«El anuncio citado habla DE QUIENES no quieren transmitir a los demás sus señales de fatiga o estrés. Me parece una actitud positiva. Ahora bien, este engaño caritativo sólo es de recibo si es temporal. Si envejecer no está entre sus planes... eso ya es otra cosa. Porque no se trata ya de sugerir que un hombre disimule discretamente su edad, sino que presenta el proceso de envejecimiento como un hecho al que podemos decir: ¡NO!».

Y el escritor septuagenario añade:

«La aceptación del envejecimiento es una condición básica de la salud psíquica, y más



ENVEJECIMIENTO

en la edad que nos damos cuenta más claramente del proceso. ¿Qué quiere decir saber envejecer? No sentirse víctima del paso del tiempo, admitir que es una evolución natural y -contra lo que dice el anuncio- absolutamente recomendable, que el hecho de envejecer entre en nuestros planes y figure en nuestra Agenda psicológica. Y así se puede envejecer con el ánimo adecuado. Traduzco de un latino antiguo: '¡Qué lamentable es envejecer de mala gana!'

Y esto nos lo recuerda el escritor catalán más leído en Cataluña, de la generación posterior a Josep Pla, como Espinás, que sabe envejecer «con buen ánimo», activamente, creando, a la vez, obras literarias que ayudan a envejecer, como el espléndido testimonio: «*Temps afegit (com un autoretrat)*» y los reportajes de sus viajes a pie por Castilla, País Vasco, Extremadura y Galicia, escritos después de cumplir setenta y tres años a ritmo joven y siempre entusiasta.

En la literatura castellana encontramos testimonios estremecedores sobre la vejez vivida y no sólo como tema literario: libros como el de la gran escritora burgalesa María Teresa León titulado «*Memoria de la melancolía*» escrito en el exilio romano que compartió con su esposo Rafael Alberti, tres años mayor que ella.

La joven historiadora granadina Antonia Rodrigo visitó a la pareja, ya septuagenaria, al objeto de escribir su libro sobre famosos españoles editado por Plaza y Janés el año 1979 en Barcelona.

«Cuando conocí a María Teresa León en su hermosa casa del barrio romano del Trastevere, muy cerca del discurrir del Tiber, su memoria empezaba a nublar su claro entendi-

miento. Emprendía la huida por el camino de las sombras, pero todavía eran fugas repentinas, lagunas poco dilatadas en las que pronto reaparecía su fulgurante lucidez, como un sol radiante escapado entre negros nubarrones y, entonces, como el sol, su palabra brillaba todavía más». (Antonia Rodrigo, *Mujeres de España*, pág. 172.)

La ya septuagenaria escritora presentía la inminencia del desastre que presagiaban «los negros nubarrones» a los que se refería, metafóricamente, su colega granadina y cuando, repentinamente, recobraba «su fulgurante lucidez», escribía en el Diario que se convertiría en su libro póstumo «*Memoria de la melancolía*»: «Pobre libro mío, desarreglado como memoria de vieja. ¡Qué desolación! -leemos en la página 243.

El esfuerzo por «acordarse» no sólo es mental sino de todo el cuerpo, de toda el alma. «No puedo recordar algunos nombres pero sí el surco que dejaron algunas gentes». Mas también el surco se desvanece, como los nombres de quienes lo señalaron y, entonces, el empeño en retenerlos desgasta las neuronas y se produce el extravío total porque, como escribía María Teresa al borde de la demencia senil que finalmente acabó con ella: «Siempre necesitamos quien nos abra el camino del conocimiento; quien nos indique, con su ejemplo, dónde se han de ir colocando nuestros pasos» (pág. 61).

Ay, qué pánico se apodera del viejo prematuro ante el paso de cebrá de su propia calle, miedo de confundir el verde con el rojo y cruzar unos metros de asfalto donde puede esperarlo la muerte o el accidente que lo deje definitiva y totalmente lisiado. ¿Dónde colocar los pasos, cuándo, cómo? Pavorosos dilemas para el desmemoriado transeúnte que no tiene quien le indique dónde colocarlos.



Hay un momento en que «ya no llegan a nosotros los ruidos vivos, sino los muertos. Memoria del olvido» -escribió Emilio Prados- recordado fugazmente por su colega en declive, memoria melancólica, a medio apagar, «memoria de la melancolía» que María Teresa León escogería para su libro: «Pobre libro mío, desarreglado como memoria de vieja. ¡Qué desolación!». Y, recuperando repentinamente recuerdos entrañables -«la memoria del corazón» en expresión de José Luis Aranguren-, María Teresa añadía:

«No sé quien solía decir en mi casa: hay que tener recuerdos. Vivir no es tan importante como recordar. Lo espantoso era no tener nada que recordar, dejando detrás de sí una cinta sin señales. Pero qué horrible es que los recuerdos se precipiten sobre ti y te obliguen a mirarlos y se revuelquen sobre tus entrañas, que es el lugar de la memoria».

«A la memoria del sonido sigue la de los olores, la del tacto. Se mezclan para no tener piedad de nosotros» (pág. 54.)

A mitad de su exilio romano, María Teresa León sintió los primeros zarpazos de una vejez que su belleza física y su alegría legendaria pudieron aplazar pero no evitar. Y gradualmente fue constatando que «Es difícil ser viejo. Se necesita un aprendizaje que es el drama de nuestra vida». Ella no estaba preparada para ejercer de vieja demenciada. Y esto no se aprende. Las visitas de jóvenes compatriotas llegados especialmente de España para conocer los iconos supervivientes de la tremenda guerra fratricida le sugirieron reflexiones como la que leemos en la página 36 de su libro:

«¿Y cómo preguntar a los que entran en mi casa y se sientan a mirarnos como piezas de museo, si sigue manando la fuente, el arroyito; si los pinos protegen a los amantes? Me corroe el alma una melancolía indefinible. ¿Por qué me faltan las palabras clave para dialogar con ellos?».

No sólo le duele no poder hablar de la tierra con los jóvenes que nacieron en su ausencia, sino la sospecha de que ellos crean que no tiene nada que decirles; y lo que les habría dicho, si encontrara ella las palabras, lo escribe en su diario, apresuradamente, antes de que se le olviden.

«No tienen que esforzarse, lo comprendemos todo. Y comenzamos a repetirles la historia que ya sus padres les habrán contado, pues para nosotros está invariablemente presente aquel estar Madrid por Cataluña y Cataluña por Madrid. Cataluña mandaba voluntarios a la capital de España amenazada...».

Y de nuevo la desordenada evocación de aquella guerra, en la cual la pareja León-Alberti jugó un papel de primer orden y cuyo desenlace les obligó a huir para iniciar un exilio que duraría cuarenta años, en el cual envejecerían, perdiendo ella la memoria de los hechos y el nombre de cada elemento de los paisajes de la infancia y la juventud, por los que no osará preguntar a los jóvenes compatriotas que iban a Roma para «mirarlos como pieza de museo». Pero se siente vieja, que es peor que ser pieza de museo.

«Por la calle se da uno cuenta de que las viejas son todas del mismo modelo. Lo difícil es diferenciarse. A mi me da miedo que llegue



ENVEJECIMIENTO

un día en que nadie me vea. Sería un purgatorio eso de andar por la calle sin que ninguna mirada se cruzase con la mía. Yo creo que las viejas muy viejas con personalidad se vuelven borrachas y escandalizan a todo el mundo. Sí, hay que hacer algo, distinguirse... A veces no tenemos tiempo de mirarlas. Vivir en Roma es salvarse diariamente de morir bajo las ruedas de un coche y eso da alegría, la alegría de sobrevivir» (pág. 47).

María Teresa León sobrevivió al exilio y, cuando España inició una nueva singladura democrática, la insigne escritora castellana volvió a su tierra acompañada de su también insigne esposo. Reconoció el farol de alguna calle, la fuente de una plazuela, un balcón con los geranios de antaño, pero había olvidado los nombres. Podía haber escrito un hermoso libro sobre el retorno, pero no habría hallado las palabras idóneas. Se perdieron en su memoria deshinchada. Murió plácidamente en una residencia geriátrica de Madrid sin haberlas recobrado.

Otros escritores castellanos de la misma generación volvieron del exilio con la memoria en condiciones de enraizar de nuevo en la tierra madre, proseguir su obra literaria respirando el aroma de los pinos y los robles, y los jarales bajo la lluvia, oír por las calles la lengua que no enmudeció en su ausencia, aunque ellos, los escritores exiliados, como dijo León Felipe en su destierro mexicano, «se llevaron la palabra». Se la llevaron pero algunos la olvidaron al entrar en la vejez. No así el escritor granadino Francisco Ayala que, a sus noventa y siete años, no ha olvidado las palabras de ayer y sigue aprendiendo y enseñando las de hoy, abonando el terreno para las de mañana. Sigue activo en el ámbito de las letras y del pensamiento.

El verano del 2003 viajó a Sevilla para reunirse con los integrantes de la Fundación que lleva su nombre. El corresponsal del diario «El País» en la capital andaluza lo describió así: «Francisco Ayala camina por el mundo con lucidez y curiosidad a los 97 años». La curiosidad ayuda a evitar la decrepitud y a envejecer armoniosamente. Es la lección que da el nonagenario profesor y creador de literatura.

Al cumplir los 93 años en su casa de Madrid, a instancias de los amigos y periodistas que fueron a felicitarlo, dijo que a partir de los noventa se negó a celebrar más aniversarios. Alguien le preguntó cómo se encontraba en ese momento y, con sentido del humor, el escritor contestó: «¿Cómo quieres que esté, a mi edad?». El eminente historiador catalán, Josep Maria Ainaud de Lassarte, jubilado pero activo en todas las iniciativas culturales destinadas a la tercera edad, muestra el mismo sentido del humor cuando le preguntan por su salud: «Si no entramos en los detalles, digamos que estoy bien». Es una manera inteligente e inofensiva de eludir el típico diálogo sobre achaques reales o imaginados en la vejez, que acaban fatalmente en depresiones o crisis de hipocondría tipo «malade imaginaire», pero sin literatura.

El discurso del escritor granadino no ha variado de lo dicho a los noventa y tres años. Tiene 97 y sigue defendiendo los mismos valores, captando los cambios constatados desde entonces. Los sigue con la mente abierta y opina con la sinceridad de los viejos que no dependen de nadie ni de nada, sólo de la conciencia, y la suya no admitió nunca la mentira, que no hay que confundir con la inventiva literaria de sus novelas que, como «*Los usurpadores*», «*Cabeza de cordero*» y «*El jardín de las delicias*» siguen reeditándose y estudiándose en las universidades.



La mejor prueba de la juventud mental del nonagenario escritor es su enfoque moderno del hecho literario y de los cambios que se han producido en el mundo en el curso de medio siglo. A diferencia de algunos de sus coetáneos de sectores menos ilustrados, Ayala no se asusta de los trastornos que la tecnología y los cambios de costumbre pueden ocasionar a su vejez cotidiana, ordenada y confortable, a salvo de los sobresaltos que desquician esquemas mentales profundamente arraigados.

«Puedo sorprenderme ante algo que me resulta nuevo, que llega a despertarme una sonrisa, una carcajada, pero todo me interesa», declaraba a los 93 años en la presentación de sus libros reeditados.

Pero donde el escritor granadino se muestra más moderno y culturalmente avanzado es en su discurso en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, cuando el año 1997 le homenajearon con motivo de sus noventa años. Ante el asombro de algunos de sus colegas, incluso más jóvenes, Francisco Ayala proclamó que la libración de la mujer es el gran fenómeno de este siglo, una observación joven en boca de un anciano que sabe envejecer desde la literatura. Y no es el único.

El escritor mallorquín Cristóbal Serra, que se autodefine como «ochentón en quien no ha muerto la jovialidad», respondiendo al cuestionario de la revista «El Ciervo» para un monográfico titulado «Aprender a envejecer», muestra un envidiable sentido del humor, algo que, desgraciadamente, se pierde con el paso de los años. El autor de «*Nótu-las*», libro elogiado en su día por el Premio Nobel de Literatura Octavio Paz, mostró no sólo su jovialidad sino la verdad de su experiencia de octogenario.

«No deja de ser un don de la vida llegar a viejo sin ser un vejestorio. Si se mira uno al

espejo y ve que su rostro aún conserva cierta tersura, agradece al paso del tiempo que su huella en la cara no sea muy visible. Entonces, exteriormente, no mueves a lástima. Hay que agradecer, pues, esa gracia que se une a la de vivir».

«También hay que agradecer la *mens* que pueda aún alojar pensamientos, proyectos y algún que otro primor creativo. A mi me han encontrado los ochenta con un libro que no acaba de salir en el mercado y que espero puedan leer pronto mis lectores. El título del libro: «*El asno inverosímil*».

Tras explicar lo que se propone con un libro de título surrealista, el «jovial ochentón» relata varios detalles de su cotidianeidad: «anclado en la rutina... en esa rutina que, para mi, constituye el substrato de nuestras vidas. Es tan rutinaria mi vida como la de cualquier mortal que vive solo y se las ha de apañar para comprar el pan y asegurarse la pitanza diaria. Esto me ocupa unas horas al día. Una vez realizada esta diligencia doméstica, puedo permitirme ser diligente o indolente. Si soy diligente me dedico a releer viejos libros que tengo anotados y que leo con presteza. Escucho música, despejo dudas mentales, si puedo, y algunas veces escribo aquellas cartas que me apetece escribir».

Y como guinda de su deliciosa narración, Cristóbal Serra cita una frase de Swift: «Jamás un hombre sabio quiso rejuvenecer». Y es de sabios recordarlo a la edad de ochenta años.

Es lo que podríamos llamar un testimonio positivo y estimulante, a diferencia de la estremecedora y convulsa evocación de la escritora María Teresa León, pero ambas experiencias, contadas desde la literatura, son maneras de envejecer que comparten



ENVEJECIMIENTO

muchos ancianos en nuestra época, aunque los especialistas en patologías derivadas de la vejez seguramente lo contarían de otra manera, con expresiones más científicas. Sin embargo, el hecho de haberlo vivido y disponer del don del lenguaje para explicarlo concede a los literatos una credibilidad y una capacidad sensorial que no tienen los teóricos, por bien preparados que estén en sus respectivas especialidades.

Hay grandes escritores, como Miguel Delibes, por ejemplo, que en sus libros no cuentan lo que experimentan en cada fase de su singladura vital, pero que trasladan esas experiencias a sus personajes, bien sea por pudor o para preservar la intimidad del morbo que despiertan algunas celebridades, incluidas las literarias.

A la edad de 76 años -ahora tiene 83- Miguel Delibes recibió el Premio Cervantes de Literatura y en el discurso de recepción recordó algunas de las «criaturas» inventadas en sus novelas, tales como Lorenzo, el cazador, Mochuelo, el viejo Eloy, el señor Cayo o Pacífico Pérez. «Ellos iban redondeando su vida a costa de la mía» -dijo el premiado-. «Ellos eran los que evolucionaban. Sin embargo, el que cumplía años era yo. Hasta que un buen día, al levantar los ojos de las cuartillas y mirarme al espejo, me di cuenta de que ya era un viejo. En buena parte, ellos habían vivido mi vida, me la habían sorbido poco a poco. Mis propios personajes me habían disecado y no quedaba de mí más que una mente enajenada y una apariencia de vida».

Con aquella afirmación Miguel Delibes subestimaba las posibilidades de su «mente enajenada», que seguía tan libre y activa como en los mejores tiempos. Años después de su discurso de 1994 todavía escribiría, entre otros, «*Diario de un jubilado*», inspirado en el drama moderno de los asalariados menores de 65 años a los que les aplican la «jubilación anticipada», cuando están en plena forma física, mental y profesional. Delibes se supera a sí mismo recreando literariamente realidades cotidianas de un mundo desquiciado, pese a sus apariencias y a las estadísticas falseadas. El libro de Delibes, publicado en la década de los noventa, demuestra que a los problemas económicos creados por la «jubilación anticipada» se añaden los de tipo moral, la pérdida de autoestima en los humillados trabajadores tratados como parásitos o empujados a la búsqueda de chapuzas eventuales, algunas denigrantes o embrutecedoras, como complemento de la pensión recortada. Es así como deben afrontar algunos, muchísimos, una vejez precipitada y patética. Y no es literatura. Pero es gratificante constatar que hay literatos que lo reflejan en su obra.

Últimos libros de Teresa Pàmies

L'aventura de envellir. Barcelona: Editorial Empuries, 2002.
Conviure amb la mort. Barcelona: Editorial Empuries, 2003.
La aventura de envejecer. Barcelona: Ediciones Península/Atalaya, 2002.